



SÍGUEME



Santa Teresa de Jesús

Tres Cantos

SÍGUEME

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS
DE TRES CANTOS**

(11 DE OCTUBRE DE 2020)

INTRODUCCIÓN

Existe un punto de llegada, pero ningún camino. Con esta sentencia, Kafka afirmaba una de esas verdades universales: hay algo desconocido. Hay ocasiones en las que nos podemos sentir como los antiguos geógrafos que se dedicaban a dibujar manualmente mapas de la tierra, pero que siempre tenían que llegar a un punto en el que señalaban *Terra Ignota*. Nuestros ojos no lo abarcan todo, nuestro corazón no lo siente todo, y entonces nuestra mente imagina que hay algo ignoto. Y ese punto desconocido, desde toda la historia de la humanidad, ha provocado que hombres de toda cultura intenten elucubrar o fantasear el rostro de lo ignoto.

Inmersos en "la Gran Llanura"

Imaginaos el mundo de los hombres como una inmensa llanura. Y en esa inmensa llanura habitan una multitud de empresas constructoras especializadas en puentes y caminos. Cada una desde el lugar en el que está trata de lanzar un puente hacia el cielo poblado de estrellas. Un puente que una los dos puntos. Víctor Hugo se imaginaba a un hombre sentado en la playa mirando una noche estrellada. Este hombre se fija en la estrella más grande, aparentemente más cercana. Y entonces piensa en los millares de arcos que habría que levantar para construir ese puen-

te, aún sabiendo que es una empresa irrealizable. En esa llanura poblada de intentos, cada uno aplicando el proyecto que ha soñado. De repente, en la inmensidad de la llanura, truena una voz potente: *¡Parad todos!* Y todos interrumpen su trabajo y buscan el origen de la voz. Aparece un hombre que, alzando sus brazos, exhorta: *Sois grandes, vuestro esfuerzo es noble, pero vuestro intento resulta triste; por eso tantos lo abandonan y no piensan más en ello, se vuelven indiferentes. Es grande, pero triste, porque jamás llega a su término, jamás consigue llegar al final. Sois incapaces porque no tenéis poder para alcanzar ese objetivo. Es desproporcionado: la distancia que hay entre vosotros y la última estrella del cielo, entre vosotros y Dios, es inabarcable. Ahora, dejad ese trabajo tan duro e ingrato y seguidme: yo construiré ese puente; es más ¡Yo soy ese puente, porque Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida!*

Imaginad ahora que vosotros estabais paseando por aquella inmensa llanura, quizá descuidados de lo que otros intentaban construir, y escucháis esas palabras. ¿Qué haríais? ¿Qué diríais? Por muy escépticos que podamos ser, no podemos evitar tomar posición ante un discurso como ese. O tal hombre está loco, o dice la verdad.

En la gran llanura todos pararon sus trabajos y pusieron atención a este hombre: *¡Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida!* ¿Alguien puede molestarse por esas

palabras? Los primeros, los ingenieros, los arquitectos, los dueños de las constructoras... *¡Vamos, chicos, al trabajo!* La mejor forma de no pensar es distraerse. Y si aparece un hombre que pone en peligro tu empresa, lo mejor es desacreditarle. Pero la duda siempre quedará ahí. Ese hombre, o esta loco o dice la verdad.

Sin embargo, algunos oyeron en aquellas palabras un acento que no habían oído jamás. Y por mucho que el ingeniero o el dueño de la empresa les insistía en que continuasen con su trabajo, ellos no hacían nada: sólo seguían mirando a ese hombre. Y el hombre se puso a caminar. Y esos trabajadores se fueron con él. Entre ciento veinte mil, se fueron doce, sólo doce.

Una tarde como otra cualquiera

Si leyéramos con atención el primer capítulo del evangelio según san Juan, descubriríamos que está lleno de retazos de un recuerdo: el recuerdo de los que inmediatamente le siguieron, de los que resistieron a la presión de los ingenieros. Juan era uno de ellos. Cuando ya era anciano, recuerda los impactos que permanecían en su memoria.

Era una tarde como otra cualquiera. El Bautista estaba allí con dos de sus discípulos. Y fijando su mirada en Jesús que pasaba dijo... *¡He aquí al Cordero de*

Dios! Imaginad la escena. Después de ciento cincuenta años de silencio por parte de los profetas enviados por Dios. El pueblo hebreo esperaba. ¡Y hoy por fin llegaba un profeta! Entre los que iban a escucharle, ese día estaban ahí dos que habían ido desde lejos. Estaban allí como dos pueblerinos que van por primera vez a la ciudad: turbados, asombrados, y, sobre todo, mirándole a él. Estaban con la boca abierta, con los ojos abiertos de para en para para mirarle, con los oídos atentos. De repente, uno del grupo, un hombre joven, se marcha tomando el sendero que bordea el río para ir hacia el norte. Y el Bautista, de improviso, con los ojos clavados en él, exclama: *¡He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!*

La gente no se movió porque estaba acostumbrada a oír este tipo de frases extrañas, incomprensibles. Por eso la mayoría no hizo caso. Pero los dos que venían por primera vez, que estaban allí pendientes de todo, vieron que se fijaba en aquel individuo que se iba, y se marcharon tras él. Le seguían manteniendo la distancia, por temor, por vergüenza, pero, extrañamente, movidos por la curiosidad. *Aquellos dos discípulos, oyéndole hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se volvió y al ver que le seguían, dijo: '¿Qué buscáis?' Le respondieron: 'Maestro, ¿dónde vives?' Les dijo: 'Venid y lo veréis'. Y fueron, vieron dónde vivía, y se quedaron con él aquel día. Eran alrededor de las cuatro de la tarde.*

No específica. Cuándo se fueron o cuándo empezaron a seguirle. Uno de los dos que habían oído las palabras del Bautista y habían seguido a Jesús se llamaba Andrés y era hermano de Simón. Se encontró, en primer lugar, con su hermano que volvía de la playa, de pescar o de repasar las redes. Y le dice: *¡Hemos encontrado al Mesías!* No narra nada, no cita nada, no documenta nada. ¿Cómo pudo decir eso? Jesús, al hablar con ellos, les diría esta palabra. Y a ellos les bastó para tener la certeza de que realmente era el Mesías, tan seguros como de que dos y dos son cuatro. Pero se ve que estando allí durante horas escuchando a aquel hombre, viéndoles, mirándole, escuchándole... ¿Había alguien que hablase así? ¿Había alguien que hubiese dicho esas cosas? ¡Nadie nunca había visto a alguien como Él! *Si no creo a este hombre no puedo creer en nadie, ni siquiera en mis propios ojos.* No es que lo dijeran ni que lo pensarán. Lo sintieron.

Y Andrés le llevó adonde estaba Jesús. Jesús, con la mirada fija en él, le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan. Tú te llamarás Cefas, que quiere decir piedra'. Imaginaos a Simón yendo con su hermano a ver a un desconocido, lleno de curiosidad de temor. El hombre con el que se encuentra le mira fijamente. ¿De qué modo le miraría? Pensad en uno que se sienta mirado así, que se sienta alcanzado en lo más profundo de sí mismo por alguien que acaba de conocer... es algo absolutamente extraño.

Algo ha cambiado en nosotros

Habiendo hecho este recorrido, nos encontramos con la capacidad de poder decirle a Kafka: ¡No! Lo que acabamos de relatar es algo que ha acontecido. Cada uno de nosotros sabe que ha sucedido. Nada ha sucedido en la historia tan impensable y excepcional como Jesús de Nazaret.

Pero aquellos dos primeros, Juan y Andrés, ¿cómo hicieron para quedar cautivados tan de repente y reconocerle? Quizá no le reconocieron exhaustivamente, pero sí sabían que era algo excepcional, fuera de lo común, que ningún análisis puede deducir. Por eso solo puede ser reconocido. Si Dios se hiciese hombre y viniese a vivir entre nosotros ahora, reconocerle debería ser fácil. ¿Por qué? Por su carácter excepcional e incomparable. ¿Qué quiere decir excepcional? ¿Qué significa? ¿Por qué ese impacto? Porque corresponde a las expectativas más profundas de tu corazón, por muy confusas que sean. Corresponde de repente a las exigencias de tu alma, de tu corazón, como nunca lo habrías podido imaginar ni prever, porque no existe nadie como ese hombre. Lo excepcional es que aparezca ante nuestros ojos una persona incomparable. Todos deseamos que esto suceda.

El carácter excepcional con el que se presenta la figura de Cristo es lo que hace fácil reconocerle. Si pre-

tendes jugar, no digo comprender, sino saber si esto es verdadero o falso, sólo podremos saberlo si nos ensimismamos en su presencia y descubrimos que nuestro corazón no duda de que está viviendo algo verdadero.

Ahora imaginad aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego deben volver a casa. Él les despide y ellos se marchan callados, en silencio, porque les invade la impresión de que han tenido delante algo misterioso. Y después se separan, cada uno va a su casa. No se despiden. No es que no lo hagan, es que lo hacen de un modo diferente: se despiden sin hablar porque están llenos de los mismo. Andrés entra en su casa, pone el mantel y su mujer le dice: *Pero, Andrés, ¿qué pasa? Estás diferente. ¿Qué te ha pasado?* Imaginemos que él, abrazándola, rompiese a llorar y que ella, turbada, siguiese preguntándole: *¿Qué pasa?* Él seguía abrazado a su mujer, que no se había sentido abrazada así en su vida. ¡Era otro! Era él, pero era otro. *Después de haber escuchado a ese hombre, soy otro.*

No sólo es fácil reconocer la excepcionalidad de Jesús, sino que también es fácil comprender que tipo de relación nacía de Él. Su presencia le había invadido de tal manera que su modo de relacionarse con la realidad era otro. Ahora le tocaba a él adherirse a su presencia. Ahora era tiempo de aprender a que Cristo morara en él. Como el niño con su madre: puede

equivocarse mil veces al día, cien mil si fuera necesario... pero nada le aparta de su madre. Si alguien le preguntase a este niño *¿Quieres a tu madre?*, un alarido se oiría en la otra punta de la llanura *¡Sí!* Cuanto más se hubiese equivocado, más gritaría.

Mírale y síguele

¿Qué es, en el fondo, lo que toda esta situación exige que tú hagas? **Observarle.** Un modo de mirar que te lleva llama a seguir. **Seguirle.** De hecho, al día siguiente del primer encuentro, Juan, Andrés y Pedro volvieron con él. Y él volvió con ellos al tercer día, porque vivía en un pueblo cercano. Comenzó a ir a pescar con ellos, y por la tarde iba a buscarles a la playa cuando repasaban las redes. Pronto empezó a ir de vez en cuando a los pueblos del interior, se pasaba por ahí y les decía: *¿Venís conmigo?* Algunos iban, otros no; pero más tarde terminaron por ir todos. Empezaron a ir algunas horas, después algunas horas más y luego el día entero. Después Él empezó a pasar fuera también las noches, y le siguieron... y olvidaron su casa... ¡Pero en realidad no la olvidaron! Había algo más grande que su casa, había algo que le hacía vivir mejor en su casa, amar mejor a su mujer, mirar mejor a sus ojos... había algo que salvaba todo esto más que sus pobrísimas fuerzas.

¿Qué podían hacer ellos frente a los peligros que se topaban sus hijos? ¡Seguirle! Todos los días escu-

chaban lo que decía. Todo el mundo estaba allí con la boca abierta. No se cansaban de oírle. Imaginaos que hubierais escuchado todos los días, que le hubierais visto actuar con bondad, que hubierais visto su poder todos los días durante uno o dos años... Surgiría una pregunta: *¿Pero quién es este?* Esta pregunta da comienzo al problema de Cristo en la historia del mundo. Aquellos discípulos le conocían bien, le seguían hasta el punto de que habían abandonado su propia casa... pero era tan desproporcionado el modo de actuar de aquel hombre, tan inconcebible, que entre sus amigos se preguntaban: *¿quién es este?* Esa misma pregunta también se la harían sus enemigos hasta el final de sus días. De ningún otro hombre ha existido esta pregunta. El asombro les invadía y les hacía preguntarse cómo era posible.

Es importante notar esto: todos se hacían la misma pregunta, pero no todos le seguían. *Está loco, ¿cómo puede dar a comer su carne?*, dijeron algunos tras escuchar el discurso del pan de vida. Pero él insistía en su idea. Y entonces comenzaron a marcharse los que habían comido el pan del milagro. Hasta que en la penumbra de la tarde se quedó Él solo con los doce de siempre. Ellos estaban en silencio, cabizbajos. Habían pasado de exultar por el éxito a la tristeza del desprecio. Y entonces, Jesús les vuelve a provocar y les dice: *¿También vosotros queréis marcharos?* Necesitaban tomar posición ante esta escena. Y Simón arroja una temerosa respuesta: *Señor, ¿a quién ire-*

mos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna. Era una tristeza habitada por una certeza: no hay nadie como el hombre al que estoy siguiendo, aunque no todos le comprendan ni estén dispuestos a seguirle.

Aquellos dos discípulos, Juan y Andrés, y Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres. Y algunas de ellas comenzaron a seguirle: abandonaban sus casas y se iban con ellos. También se lo dijeron a otros amigos, que no necesariamente abandonaban sus casas, pero que compartían la misma admiración por este hombre. Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos. Y más tarde a nuevos amigos más. Y en poco tiempo, la noticia de este hombre invadió el mundo conocido: desde Finis Terrae a la India. Pero en todas las latitudes, en toda época, surgen cristianos con la misma certeza de Simón: “Maestro, tampoco yo te comprendo, pero sé que sólo tú tienes las respuestas a las exigencias más profundas de mi corazón”.

RECONOCER

- Como Juan y Andrés, podemos hacer memoria y recordar cómo fue la primera vez que tuvimos un encuentro personal con Jesús.
- Como Simón Pedro, podemos compartir un momento en el que hayamos tenido ganas de abandonar el camino cristiano y nos hayamos decidido a permanecer en él porque “sólo él tiene palabras de vida eterna”.
- También podemos compartir esa ocasión en la que personas que teníamos a nuestro alrededor no han comprendido o han despreciado lo que intentábamos comunicarles sobre la vida que nosotros vivimos.
- Otra posibilidad es la de compartir ese momento en el que caímos en la cuenta de que toda nuestra vida había cambiado después de el encuentro con Cristo: ya no nos importaban las mismas cosas que antes, ya no valorábamos de la misma forma lo que teníamos o lo que hacíamos, ahora nos apetecía hacer otro tipo de cosas...

INTERPRETAR

SAGRADA ESCRITURA

- **Juan 1, 29-42:** a primera llamada
- **Marcos 4, 35-41:** La tempestad calmada
- **Juan 6, 52-68:** ¿A quién iremos?
- **Marcos 8, 27-38:** ¿Quién decís que soy yo?
- **Lucas 15, 11-22:** Y mirándolo, lo amó
- **Jeremías 20, 7-9:** Intentaba sofocarlo, y no podía
- **Salmo 139 (138):** Tú me sondeas y me conoces
- **Isaías 6, 8-10:** ¿A quién enviaré?

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- **Deus Caritas est 1 (DCE):** El comienzo
- **Christus Vivit (ChV) 1-2:** Él te quiere vivo
- **ChV 31-33:** Nos llama a encender estrellas
- **Evangelii Gaudium (EG) 1-2:** La alegría de la fe
- **Lumen Fidei (LF) 1-4. 53:** La luz de la fe
- **Discurso de Juan Pablo II en la Vigilia de la JMJ Roma 2000 (19/08/2000):** ¿Es difícil creer?
- **Carta de Juan Pablo II a los jóvenes del mundo 1985:** Sígueme
- **Mensaje de Benedicto XVI para la JMJ Madrid 2011:** Creer en Jesucristo sin verlo

ELEGIR

Tras haber escuchado la introducción, recordado y compartido los hechos de vida que nos ayudan a clarificar que la experiencia cristiana sigue sucediendo en la realidad, y tras haber escuchado y meditado la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia, se trata ahora de que cada uno pueda asumir en su vida un compromiso que le ayude a recordar esto. ¿Qué me pide a mí Dios ahora? ¿De qué forma puede cambiar mi vida para que esta realidad no se me olvide? ¿De qué forma puedo compartir esta experiencia con otros? ¿Hay algo que me haga olvidar el primer impacto del encuentro con Cristo? ¿Me puedo desprender de eso?

Al mismo tiempo, esta fe que vivimos no es solitaria ni individualista ni intimista. Es una fe comunitaria. Por tanto, ¿podemos asumir un compromiso todos juntos que nos ayude a vivir de un modo nuevo?

VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS APÓSTOLES DOMENICO GHIRLANDAIO



La escena de la *Vocación* se divide entre el primer plano y el fondo. En medio de un lago en un amplio valle montañoso, los pescadores **Simón Pedro** y **Andrés** (a la izquierda) son llamados por Jesús, en la orilla. Poco después, los dos están detrás de Cristo, que desde la orilla opuesta (a la derecha) llama a **Santiago** y **Juan**, quienes están arreglando las redes de la barca de su padre, Zebedeo, en el centro de la escena. En primer plano, Pedro y Andrés, ya vestidos con mantos de los colores que les son propios (amarillo o naranja para Pedro, verde para Andrés), se arrodillan ante Cristo que, solemnemente, los bendice.